

Fede, Federica,
Federico y los
hilos perdidos

Àfrica
Ragel

Ilustraciones
Laia Ferraté





¿Quién era Fede?

Fede tenía los ojos tan grandes y redondos como dos chupachups de cola rellenos de chicle, pero sin palo, por supuesto. Los suyos eran unos ojos inteligentes, vivaces, curiosos y muy inquietos. Además, Fede siempre se estaba haciendo preguntas que parecían no tener respuesta, y esa inquietud se reflejaba en su mirada.

¿Os habéis hecho preguntas que parecen no tener respuesta? Seguro que sí, seguro que

tenéis dudas que nadie sabe responder. Fede también se hacía muchas preguntas de ese tipo:

—¿Dónde está mi padre, mamá?

—Eso me gustaría saber a mí —respondía ella sin dejar de hacer lo que estuviera haciendo.

—Pero... ¿existe? —insistía Fede.

—¿Tú lo ves?

—No.

—¡Pues no existe! —Y, en ese preciso momento, la madre de Fede daba la conversación por acabada porque consideraba que no tenía ningún tipo de información que aportar al tema paterno.

—¿Existe el aire, mamá? —preguntaba de nuevo Fede.

—Vaya pregunta la tuya. ¡Pues claro que existe!

—¿Y por qué no lo podemos ver?

Entonces, la madre de Fede se quedaba mirando al infinito, miraba más allá de la mesa del comedor, más allá del sofá y de los muebles, más allá de las paredes, como si la hubieran pillado haciendo una travesura, y cambiaba de tema a una velocidad sorprendente. Sí, Fede sabía que su madre tenía un poder, un poder imaginativo fantástico.

—¿Por qué te has puesto ese jersey tan gastado? ¿No ves que está manchado? ¡Si hasta tiene un agujero en medio de la barriga! —Y Fede se distraía mirando el agujero de su jersey y se olvidaba del aire y de su padre. Y al cabo del rato se percataba de que su madre lo había vuelto a hacer otra vez, había vuelto a cambiar de tema.

Fede, de mayor, quería ser como su madre. Quería tener tanta imaginación como ella, a quien le bastaba el agujero de un jersey para

solucionar las situaciones más complicadas. Sí, Fede quería ser como su madre, por la imaginación y por otra cosa, por sus cabellos, por esa melena larga y sedosa que lucía.

–Mamá, quiero tener el pelo largo para poder hacerme un moño como el que tú luces muchas veces cuando estás cansada y acalorada y te recoges el cabello en un nudo y lo sostienes con un lápiz.

–Muy bien, cariño. Tan solo necesitas una cosa para que ese deseo se haga realidad.

–¿Qué cosa? ¿Un lápiz?

–No, lápices tenemos unos cuantos.

–Entonces... ¿qué necesito?

–Paciencia.

Fede no tenía ese requisito necesario e imprescindible para tener el pelo largo que era la paciencia. Había jugado muchas veces ante el espejo. Se había puesto sobre la cabeza una

toalla en forma de peluca y se había mirado de reojo. ¡Cómo le gustaría tenerlo ya así de largo!

Por la noche, antes de ponerse el pijama, cuando se quitaba la camiseta, se la dejaba un rato colgando de la frente y se movía por la habitación, contoneando los hombros para que el cabello imaginario le danzara de un lado a otro.

Pero era verano y Fede no soportaba que el pelo se le pegara en el cuello con el sudor y siempre acababa suplicando a su madre que se lo cortara.

Y por eso ahora lo llevaba corto, cortísimo. Tan corto que en la coronilla se le arremolinaba de tal manera que parecía el desagüe de una bañera cuando se vacía. ¿Sabéis lo que quiero decir? Sí, claro, cuando el agua toma velocidad, gira y gira sobre ella

misma y parece que el mundo entero vaya a desaparecer por aquel agujero negro y desconocido. Así tenía Fede la coronilla.

—¡Menudo remolino! —se quejaba cada mañana su madre cuando le pasaba el peine y le rociaba la cabeza con colonia para dominar el peinado—. Dicen que la gente con remolinos en la coronilla es la más pícara, y también dicen que...

Pero Fede desconectaba. Se perdía en los sonidos de la voz de su madre y, sin darse cuenta, dejaba de escucharla. Sin ser consciente de ello, se dejaba llevar por su imaginación, porque en ella era donde se sentía más feliz. ¿No os ha pasado nunca eso de perderos en vuestra imaginación? Seguro que sí, a mí también me pasa. Intento escuchar, estar atenta, pero, cuando me doy cuenta, ya he perdido el hilo de lo que me explican y



estoy viajando por lugares recónditos en los que nunca he estado y a los que, seguramente, nunca viajaré.

Como os decía, Fede perdía el hilo muchas veces. Muchísimas. Sobre todo, cuando lo que le explicaban le molestaba o simplemente no le interesaba. El cole, por ejemplo, era uno de los sitios donde más hilos perdía. Y no los perdía cuando hablaba la maestra o el maestro, ¡no! Los perdía cuando le hablaban sus compañeros o sus compañeras y querían saber cosas que ni tan siquiera Fede sabía.

—¡Fede! —le gritaban cuando cruzaba el patio—. ¿Eres rico o rica? —preguntaban escondiendo una sonrisa extraña, una sonrisa de esas que no acaban de explotar y que dibujan en el rostro labios feos y horribles porque no son sanas. De esas sonrisas que avergüenzan porque no son inocentes.

–¡Anda, contesta! –insistían, dándose golpes con el codo los unos a las otras–. ¿Eres rico o rica?

–No soy ni rico ni rica porque no tengo dinero –aclaraba Fede bajando la mirada y deseando que sonara el timbre y con su estruendoso riiinggg anunciara la vuelta a clase.

–¡Que no! ¡Que no es eso! ¡Que lo que queremos saber es si eres Federico o Federica! –y se hacía el silencio a la espera de una respuesta. Y se oían las hojas de los árboles removerse con el viento. Y se oía alguna que otra tripa vacía. Y se oía cómo las manos se cerraban, y cómo los dedos se apretaban los unos a los otros. Y se oían los ceños al fruncirse esperando esa respuesta que Fede no tenía ni quería tener.

–Me llamo Fede –respondía tajante, y los miraba desde sus chupachups de cola y deja-

ba que la imaginación salvara el momento y le permitiera volar lejos de aquel lugar porque no le gustaba estar donde estaba.

Y era en ese preciso instante en el que perdía un montón de hilos, todos los hilos de las conversaciones que sus compañeros iniciaban entre ellos, todos los hilos que sus compañeras le lanzaban en forma de preguntas y más preguntas, todos los hilos de los comentarios que no quería oír: «Pareces una niña, pero te mueves como un niño», «¿Por qué llevas el pelo tan corto?», «¿En casa cómo te llaman?», «¿A qué te gusta jugar?», «¿Es verdad que tienes unos pantalones de color rosa?»...

Y Fede se dejaba llevar y perdía el hilo sin oponer ninguna resistencia. Y los hilos que Fede perdía no desaparecían; los hilos que perdía se tejían, se entrelazaban los unos con

los otros y, poco a poco, iban formando una armadura resistente y protectora que le iba cubriendo la piel. Una armadura como la de un caballero de los que aparecen en las películas de la Edad Media, de los que luchan con una lanza larga y pesada mientras montan sobre un caballo brillante que no deja de relinchar. Y cada vez que perdía un hilo, la armadura de Fede se iba haciendo más grande y más pesada. Hasta que se volvió tan robusta que a Fede le empezó a costar caminar con normalidad; no podía mover las piernas con libertad y sobre los hombros sentía un peso tan grande que hacía que le costara levantarse por las mañanas y asistir a la escuela.

—¿Hoy podría quedarme en casa, mamá?

—¿No te encuentras bien?

—No lo he pensado demasiado, pero no creo que sea eso.

—En ese caso, ya tienes la respuesta.

—De acuerdo.

Y Fede se cargaba la mochila a la espalda y, arrastrando los pies y con la cabeza baja, caminaba hacia la escuela intentando no coincidir por el camino con quienes le hacían perder tantos hilos. Pero cada día era más difícil evitar el encuentro. Incluso parecía que estuvieran esperando a que apareciera Fede para caminar a su lado y, así, poder volver a dibujar esas sonrisas extrañas en los labios.

Pero no pongáis esas caras, que esto no ha hecho más que empezar y Fede es una persona con suerte. Y digo «con suerte» porque, ese mismo día, ese día en que sentía que la armadura era especialmente pesada, se topó con Marta y, con Marta, todo cambió.